

La Visión de Zacarías de Josué el Sumo Sacerdote

No. 611

Un Sermón

Predicado el Domingo por la Mañana, 22 de Enero de 1865

Por el Reverendo C. H. Spurgeon

En el Tabernáculo Metropolitano, Newington

«Y me mostró a Josué, el sumo sacerdote, que estaba delante del ángel de Jehová, y Satanás estaba a su diestra para resistirle. Y dijo Jehová a Satanás: Jehová te reprenda, oh Satanás; Jehová que ha escogido a Jerusalén te reprenda. ¿No es este un tizón arrebatado del incendio? Y Josué estaba vestido de vestiduras viles, y estaba delante del ángel. Y habló y dijo a los que estaban delante de él, diciendo: Quitadle las vestiduras viles. Y a él le dijo: Mira, he hecho pasar tu iniquidad de sobre ti, y te vestiré de ropas de gala. Y yo dije: Pongan mitra limpia sobre su cabeza. Y pusieron mitra limpia sobre su cabeza, y le vistieron las ropas. Y el ángel de Jehová estaba junto» (Zacarías 3:1-5)

La intención original de esta visión era predecir el avivamiento del estado judío después de su larga depresión causada por el cautiverio babilónico. A Josué, el sumo sacerdote, con sus vestiduras andrajosas, debe considerársele como el tipo del pueblo judío en su profunda angustia. Estaba ministrando delante del Señor con vestiduras gastadas y viles, para mostrar a la vez el pecado de Israel y la pobreza en la que habían caído. Tan pobres eran que el servicio de Dios no podía realizarse con vestimentas apropiadas, sino que el mismo sumo sacerdote comparecía ante el altar con ropas inapropiadas para su obra sagrada.

El tiempo señalado para favorecer a Sión está, según las visiones, muy cerca, y Satanás, el antiguo adversario de la raza escogida, se afana por resistirles y apartar de ellos el favor de Dios. Pero ese mismo ángel del pacto que guió al pueblo por el desierto y los sostuvo todos los días de antaño, está ante el trono como su abogado, y a su petición, JEHOVÁ reprende a Satanás y comienza a bendecir al pueblo.

Josué, su representante, recibe un cambio de vestimenta, como testimonio de que el pecado del pueblo es perdonado y de que Dios acepta su adoración. La visión avanza entonces hacia el día del Señor Jesús, y el corazón del profeta Zacarías se alegra con la vista de toda la tierra restaurada a su antigua paz y felicidad, bajo el reinado del glorioso que es llamado: *«Mi siervo, el RENUUEVO»*.

Mientras hemos estado interpretando las otras visiones de Zacarías, hemos procurado obtener consuelo y provecho presente de ellas. En esta ocasión nos esforzaremos por hacer lo mismo. Muy apropiadamente podemos tomar a Josué como un tipo de todo el pueblo de Dios, tal como están en su sentido de pecado y fragilidad natural, sujetos a las acusaciones de Satanás, pero liberados por su siempre benigno Señor. Y el cambio de vestimenta como una representación del perdón del pecado y la imputación de la justicia del Salvador, que es el gozo de todos los creyentes.

Tomemos cada particular por separado, y que Dios el Espíritu Santo derrame una luz sagrada sobre la visión, y que veamos en ella más de lo que el mismo Zacarías descubrió. Que veamos a JEHOVÁ-Jesús en toda la gloria de Su amor, manifestándose a Sus escogidos como no lo hace al mundo.

I. Para comenzar, entonces, donde la visión comienza, con EL CREYENTE MISMO REPRESENTADO POR JOSUÉ.

El creyente mismo es descrito como un sacerdote que está delante del ángel del Señor. Marquemos esto. Es un sacerdote. ¿Quiénes son los sacerdotes? Ciertos hijos de Coré, que se toman demasiadas atribuciones, dicen: *«Nosotros somos los sacerdotes, nosotros somos los legítimos descendientes de los apóstoles, y un poder misterioso destila de nuestras manos sacerdotales»*.

Les respondemos que es imposible que sean descendientes de los apóstoles y a la vez reclamen poseer poder sacerdotal, pues los apóstoles nunca reclamaron para sí un sacerdocio peculiar por encima de otros creyentes, sino que hablaban de sus hermanos, los cristianos de su época, como estando en igualdad de condiciones con ellos en cuanto al sacerdocio. *«Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo»* (1Pe 2:5).

Si, entonces, estos pretendientes al sacerdocio son sacerdotes en algún sentido especial, ciertamente no son descendientes de los apóstoles, pues los apóstoles no reclamaron prioridad de sacerdocio sobre el resto de sus hermanos, sino que dijeron de todos los santos: *«Vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio»*.

El hecho es que no son ni lo uno ni lo otro—no son descendientes de los apóstoles, porque no predicán el Evangelio de los apóstoles y no conocen su espíritu, ni tienen oficio sacerdotal alguno, a menos que la vieja ramera babilónica los acepte como sus hijos adoptivos y les dé un nombre y un lugar entre los que participan en sus abominaciones.

¿Quiénes son los sacerdotes? He aquí, todo hombre y mujer humilde que conoce el poder de Jesucristo en su propia alma, para purgarle y limpiarle de obras muertas, es designado para servir

como sacerdote para Dios. Digo todo hombre humilde y también toda mujer humilde, porque en Cristo Jesús no hay varón ni mujer—todos somos uno en Él.

Ofrecemos oración a Dios, sabiendo que asciende al cielo como olor fragante ante el trono. Ofrecemos alabanza, creyendo que *«El que ofrece alabanza, glorifica a Dios»*. *«Presentad vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional»*.

Jesús nos ha hecho sacerdotes y reyes para Dios, y aun aquí en la tierra ejercemos el sacerdocio de una vida consagrada y un servicio santificado, y esperamos ejercerlo hasta que el Señor venga. Cuando veo, entonces, a Josué el sumo sacerdote, no veo sino una imagen de cada hijo e hija de Dios, que ha sido hecho cercano por la sangre de Cristo, y ha sido enseñado a ministrar en cosas santas, y a entrar en lo que está dentro del velo.

Pero observen dónde está este sumo sacerdote, se dice que está *«delante del ángel de Jehová»*, es decir, de pie para ministrar. Esta debería ser la posición perpetua de todo verdadero creyente. No tengo negocio en la cama de la pereza. No tengo derecho a andar errante tras asuntos privados. No puedo reclamar tiempo que pueda apartar para mis propias necedades o para mi propio engrandecimiento. Mi verdadera posición como cristiano es estar siempre ministrando a Dios, siempre de pie ante Su altar.

¿Os oigo preguntar cómo puede ser esto, con vuestras granjas y vuestros negocios? ¿No sabéis, hermanos, que ya sea que comáis, o bebáis, o hagáis cualquier otra cosa, podéis hacerlo todo para la gloria de Dios? ¿No entendéis que todo lugar es ahora el templo de Dios, y que en todas partes está el altar de Dios, y que podéis servirle tan verdaderamente en vuestras ocupaciones diarias como en las asambleas del lugar de culto? No conocéis la verdadera posición de un cristiano si os imagináis que solo sois sacerdotes en el día del Señor, y que solo ministráis ante Dios cuando estáis en la congregación de los fieles.

Sois designados sacerdotes como vuestro Señor, para siempre, y estáis para siempre ofreciendo el sacrificio. De día y de noche vuestros corazones deben elevarse a Él. Debéis quedaros dormidos con el nombre de vuestro Maestro en vuestros labios, y cuando despertéis debéis decir con el salmista: *«Aún estoy contigo»*. ¡Feliz Josué! No obstante la suciedad de sus vestiduras, es de alabar porque se mantiene en la posición a la que ha sido llamado, y como el siervo cuya oreja fue horadada, no abandona la casa de su amo.

Venid, los que profesáis ser pueblo de Dios, si habéis sido negligentes en los deberes de vuestro alto llamamiento, y si vuestros corazones en este momento van tras la vanidad, rogad a Dios el Espíritu Santo que os ponga en un estado apropiado para desempeñar las funciones de vuestro santo

oficio, y ahora en los atrios de la casa del Señor, estad como Josué, con vuestros corazones preparados por el Señor de los ejércitos para ministrar delante del Señor.

Sin embargo, notad dónde está Josué para ministrar. Es delante del ángel de JEHOVÁ. Vosotros y yo nunca podremos estar delante de Moisés, el mediador, bajo la ley, y mucho menos delante del mismo JEHOVÁ, porque incluso nuestro Dios es fuego consumidor. Solo es a través de un mediador que nosotros, pobres contaminados, podemos llegar a ser sacerdotes para Dios.

Quizás algunos del pueblo de Dios aquí pueden haber olvidado esto. Os habéis estado examinando y probando vuestros corazones como ante la vista de la ley de Dios, y os sentís muy profundamente que estáis muy lejos de lo que la gloria del Dios en la ley os exigiría. Y por lo tanto comenzáis neciamente a desconfiar del amor de vuestro Padre, y a pensar que vuestro servicio delante de Él no será aceptado. Amados, es malo servir a Dios bajo la luz de la ley—¡pero oh, cuán bendito es estar de pie y ministrar delante de Cristo y en Cristo!

Entonces, si no puedo traerle nada más que mis lágrimas, Él las pondrá en Su redoma, porque Él una vez lloró. Si no puedo traerle nada más que mis gemidos y suspiros, Él los aceptará como un sacrificio aceptable, porque Él una vez tuvo el corazón quebrantado y suspiró profundamente en espíritu. Dios misericordioso, te bendigo porque no tengo que presentar mi sacrificio directamente a Ti mismo, de lo contrario consumirías mi sacrificio y a mí con las llamas de Tu ira.

Pero presento lo que tengo ante Tu mensajero, el ángel del pacto, el Señor Jesús, y a través de Él mis oraciones encuentran aceptación envueltas en Sus oraciones. Mis alabanzas se vuelven dulces al ser atadas con manojos de mirra, áloes y casia del jardín de Cristo. Entonces yo mismo, estando en Él, soy aceptado en el Amado. Y todas mis pobres, contaminadas y sucias obras, aunque en sí mismas solo son objetos de aborrecimiento divino, son tan aceptadas y recibidas que Dios huele un olor fragante. Él está contento y yo soy bendecido. Ved, pues, la posición del cristiano como sacerdote—debe estar delante del ángel del Señor.

Ahora, leed la siguiente palabra a la luz de vuestra propia experiencia: «*Vestido*», se dice, «*de vestiduras viles*». ¿Alguna vez habéis sentido esto cuando habéis venido a servir a Dios? Quizás es en la oración de la tarde—ha habido algo malo en la familia durante el día, y lo sabéis—quizás, como cabeza del hogar, tenéis que dirigir la oración, y sentís: «*Oh Dios, no puedo orar, no puedo orar como quisiera. Soy tu sacerdote en esta casa, lo sé, pero ¿cómo puedo ministrar ante Ti, pues tengo vestiduras viles puestas?*»

Posiblemente vuestro negocio os mantuvo despiertos hasta muy tarde anoche. Las cosas no van tan bien como deseáis en asuntos comerciales, y habéis venido aquí distraídos. Y mientras estáis

sentados en el banco escuchando al pueblo de Dios alabar al Señor, habéis pensado: *«¡Ah! Tengo mis vestiduras viles puestas. No puedo orar a Él. No puedo alabarle como quisiera»*.

Sé lo que es venir y predicaros a veces, y sentir un sentido tan abrumador de mi propia indignidad que, si no fuera por *«¡Ay de mí si no anuncio el evangelio!»*, no subiría a esta plataforma de nuevo, porque es duro sentir que tus vestiduras están contaminadas incluso mientras tratas de ser la boca de Dios para los hombres.

Quizás esta tarde, cuando vayáis a vuestra clase de la escuela dominical, sentiréis mucho fervor de corazón hacia Dios. Confesaréis que no sois vuestros, sino comprados por precio. Desearéis vivir para Él y honrarle, pero oh, ese temible impedimento de la culpa consciente—os hará clamar: *«¿Cómo puedo estar delante de Él, que acusó a sus ángeles de necedad y declara que los cielos no son puros ante sus ojos? ¿Cómo puedo esperar tener una bendición en algo que hago, cuando siento un corazón de incredulidad que se aparta del Dios vivo? ¿Cómo puedo dar una bendición a Sus santos, cuando yo mismo necesito una bendición? ¿Cómo partiré el pan de Cristo con manos impías y verteré el vino en Su copa con una mano pecaminosa?»*

Pero, detente, cristiano, no pienses en renunciar a tu sacerdocio. No dejes que un sentimiento de indignidad te aparte de tu servicio. Quédate donde estás, porque recuerda, estás en el único lugar donde la contaminación puede ser lavada—estás delante del ángel del pacto. Es delante de Cristo donde el pecado debe ser confesado. Confiésalo en cualquier otro lugar, tu dolor no es arrepentimiento, sino remordimiento.

«¿Qué es el remordimiento?», dice alguien. El remordimiento es arrepentimiento hecho fuera de la vista de Jesús. El verdadero arrepentimiento es tristeza por el pecado en la presencia de Cristo. Por más sucio y vil que seas, solo hay una voz que puede declararte limpio. No te alejes de esa voz. Solo hay una mano que puede tocarte y hacerte puro—quédate donde esa mano está cerca de ti, y aún así, por más viles que sean tus vestiduras, no huyas del rostro de tu mejor, tu único Amigo. Más bien exhala esta oración: *«Señor, si quieres, puedes limpiarme. Purifícame, oh, purifícame ahora, por amor de tu nombre»*.

II. Pasemos a otro individuo que figura en el grupo. Tenemos, en segundo lugar, UN ADVERSARIO.

Satanás estaba delante del ángel para resistir a Josué. ¿No parece superflua su oposición? El pobre Josué siente ya bastante la suciedad de sus vestiduras sin necesidad de que el diablo se le oponga. Y yo, pobre de mí, a menudo siento tanto mi propia pecaminosidad, que parece una obra de supererogación por parte del diablo presentar acusaciones—la conciencia acusa lo suficiente sin él.

Pero tan cruel es, que se aprovecha de los tiempos de debilidad del pueblo de Dios para resistirlos allí y entonces.

Observad cómo se le llama. Se le llama Satanás, que significa adversario. Es un adversario y por naturaleza. Su naturaleza es ahora tan vil que no puede evitar ser el adversario de todo lo que es bueno. Desde el día en que fue expulsado del cielo, y arrastró consigo a una tercera parte de las estrellas de gloria, ha sido el enemigo más amargo de Dios. Y en cuanto al hombre, desde la hora en que se dijo: «*La simiente de la mujer herirá la cabeza de la serpiente*», descubrió en esa humilde criatura, el hombre, a su gran destructor, y nunca ha cesado de morder el calcañar de la simiente de la mujer, previendo cuán terriblemente su cabeza ha de ser herida.

Hay algo, sin embargo, muy reconfortante en el pensamiento de que es un adversario. Preferiría tenerlo por adversario que por amigo. Oh alma mía, sería un trabajo terrible para ti si Satanás fuera tu amigo, pues entonces con él deberías morar para siempre en tinieblas y en los abismos, excluido de la amistad de Dios. Pero tener a Satanás por adversario es un presagio consolador, pues parece como si Dios fuera nuestro Amigo, y hasta ahí seamos consolados en este asunto.

Sin embargo, recordad, Satanás es un adversario que no debe ser despreciado. De agudo intelecto, madurado por años de experiencia, con una plenitud de astucia y artimaña que hizo incluso a la serpiente, cuando estuvo poseída por él, más sutil que cualquier otra bestia del campo, es un antagonista digno de la fuerza angélica. Gabriel podría perder en tal conflicto, si no estuviera vestido con la armadura de oro de la perfecta inocencia. Nosotros, tan propensos a pecar, llevando con nosotros tanta yesca, tenemos motivos para temer las chispas ardientes que él esparce.

Es una cosa terrible estar frente a frente con Apolión. Leed la descripción de Bunyan de la lucha de Cristiano en el Valle de Humillación, y tenéis allí una sombra de lo que es el verdadero conflicto. Mejor es soportar toda clase de dolores y pruebas temporales, que ser acosado por Satanás. El que gana no gana nada, y el que pierde encontrará su peso muy pesado cuando el dragón ponga su pie sobre su cuello. Tenéis aquí un adversario severo, y uno que no cesará de afligiros hasta que estéis fuera del alcance de sus tiros, al haber cruzado el río de la muerte.

Ahora percibiréis, si miráis el pasaje, que este adversario seleccionó un lugar muy adecuado para causar daño a Josué. Vino a acusarle delante del ángel—delante del propio Hijo de Dios. ¡Oh! Si pudiera una vez hacer que el Señor aflojara Su control sobre nosotros, entonces pronto seríamos su presa. Percibís que no ataca primero a Josué, sino que viene ante el ángel para impedir que Josué sea aceptado. Si Satanás puede una vez persuadiros a vosotros o a mí de que no somos hijos de Dios y no somos aceptados, sabe que nos ha hecho un grave daño.

En los arsenales del infierno hay grandes reservas de «síes»—los «síes» son las bombas de Satanás: «*Si eres el Hijo de Dios*». Si puede haceros dudar, entonces hace una brecha en vuestro muro. Si sois lo suficientemente fuertes para decir: «*Yo sé a quién he creído, y estoy persuadido de que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día*», entonces saldréis más que vencedores.

Pero la corriente de Satanás es tocaros justo ahí, en ese lugar donde reside vuestra fuerza. Es como Dalila. Siente que si puede cortar los mechones de vuestra fe, donde reside vuestra fuerza, entonces podrá sacaros los ojos y venderos a los filisteos para siempre.

Tened cuidado, tened cuidado, cuando Satanás viene a acusaros delante del ángel y a haceros dudar de vuestro interés en el Señor Jesús, de que dejéis inmediatamente el caso en manos del ángel, porque vuestro Abogado puede defender mejor contra el acusador que vosotros, y es mejor que os calléis y dejéis que ese gran Abogado se levante y diga: «*Jehová te reprenda, oh Satanás; Jehová que ha escogido a Jerusalén te reprenda*».

Estaréis de acuerdo conmigo en que el adversario no solo seleccionó un lugar muy apropiado al venir directamente al trono para presentar la acusación, sino también una oportunidad muy adecuada. Josué tenía sus vestiduras viles puestas. Satanás es un gran cobarde—generalmente se mete con el pueblo de Dios cuando están caídos. Encuentro que cuando tengo buena salud física, no soy a menudo tentado por Satanás al desaliento o la duda. Pero cada vez que me deprimó en espíritu, o mi hígado está desordenado, o la cabeza duele—entonces viene la serpiente silbante: «*Dios te ha abandonado. No eres hijo de Dios. Eres infiel a tu Maestro. No tienes parte en la sangre de la aspersion*», y cosas semejantes.

¡Viejo pícaro! Si me dices tanto como eso en mis días de salud, cuando la sangre me bulle en las venas, seré más que un rival para ti, pero encontrarme justo entonces, cuando entiendes que soy débil, ¡ay! esto es típico de ti, Satanás. ¡Qué perfecto diablo es nuestro enemigo! No puedo llamarle por peor nombre que el suyo propio, pero si hubiera uno peor, ricamente lo merecería.

Debéis esperar, cristianos, cuando hayáis perdido vuestro sentido de justificación, cuando estéis conscientes de pecado, cuando os sintáis indignos de ministrar ante Dios, debéis esperar que justo entonces él venga a acusaros. Si la vestidura de Josué hubiera estado perfectamente limpia esa mañana cuando fue a ministrar como sacerdote, Satanás le habría dejado en paz.

Pero ved a Josué deprimido en espíritu y agobiado en mente, llorando por sus pecados, entonces viene Satanás, y dice: «*Ahora, me irá bien con él. Dios odiará a Josué, porque no puede soportar la suciedad. Sin duda desechará al sacerdote sucio. Y Josué también se odia a sí mismo, y así lo hundiré en la desesperación, y acabaré con el hombre*».

Seguramente, así habría sido si el ángel no hubiera estado allí, pero el ángel del Señor, con Su presencia, es siempre un muro de fuego alrededor de Su pueblo, y una gloria en medio. Si el león del infierno viene merodeando para apoderarse de la más débil oveja, el gran Pastor librará a la oveja de sus dientes—ni el infernal león desgarrará a la más insignificante de Sus ovejas.

Los comentaristas se han esforzado por saber qué tendría Satanás que decir contra Josué. Mientras leía sus conjeturas, pensé que a mí nunca me habría dejado perplejo, porque mi pregunta en mi propio caso sería, ¿cuál de entre cincuenta mil cosas elegiría el diablo para presentar? No lo que podría presentar, sino digo, ¿cuál de entre cincuenta mil cosas elegiría presentar?

En verdad, querido amigo, si Satanás quiere acusarnos, cualquier página de nuestra historia, cualquier hora de cualquier día le proporcionará material para sus cargos. Ayer fuiste impaciente, anteayer fuiste orgulloso, otro día fuiste perezoso, en otro iracundo. ¡Oh, qué cueva de aves inmundas es el corazón humano! Quisiera Dios que pudiéramos torcerles el cuello, pero son demasiados para que un poder menor que el divino los destruya a todos. Uno gorjea en un momento y otro en otro, y entre ellos mantienen una discordia penosa.

¡Hablar de perfección en la carne! el hombre que sueña con ello es o un necio o un bellaco, una de dos. O es un necio y no conoce su propio corazón, o es un bellaco delante de Dios, y es deshonesto, y no llama pecado a lo que es pecado.

¡Perfección en la carne! He aquí, esos creyentes que viven más cerca de Dios y tienen la experiencia más profunda de las cosas divinas os dirán que abandonaron ese sueño hace mucho tiempo. Nunca esperan ser perfectos excepto en Cristo Jesús, y nunca estar completos en sí mismos sino solo estar completos en Él. Si el antiguo acusador quiere razones para acusar, de verdad puede encontrar tantas como quiera, y continuar acusando todo el tiempo que le plazca, porque todos somos como cosa inmunda, y todas nuestras justicias son como trapo de inmundicia.

He oído de cierto teólogo que solía llevar siempre consigo un librito. Este librito tenía solo tres hojas, y a decir verdad no había una sola palabra en el librito. La primera era una hoja de papel negro, negro como el azabache. La siguiente era una hoja de color rojo—escarlata, y la siguiente era una hoja de blanco sin mancha. Día tras día solía sacar este librito, y finalmente le contó a alguien el secreto de lo que significaba.

Dijo: «*Aquí está la hoja negra—ese es mi pecado y la ira de Dios que mi pecado merece. Miro y miro, y pienso que no es bastante negra, aunque es tan negra como se puede ser. Luego la siguiente, esa es la hoja del sacrificio expiatorio, la sangre preciosa—la hoja roja—cómo me deleito en mirarla, y mirar, y mirar de nuevo. Luego, está la hoja blanca, esa es mi alma, tal como es lavada en la*

sangre de Jesús, hecha blanca como la nieve mediante la justicia de Jesucristo, y el lavamiento en la fuente que Cristo ha llenado de Sus propias venas».

¡Ah, esa primera hoja negra! ¡Esa hoja negra! Ciertamente, si Satanás la examina, no le será difícil encontrar algo contra ti, pues puede continuar acusándote hasta el día del juicio, y siempre encontrar motivos en tus defectos para acusarte delante del ángel de Dios.

¿Y qué era lo que Satanás buscaba, después de todo, con Josué? ¿Acaso odiaba los pecados de Josué? ¿Presentó esto ante el ángel porque realmente le molestaba que un pecador como Josué contaminara los atrios de la casa de Dios? Ah, ni por asomo. Es un espectáculo edificante, ciertamente, ver a Satanás abogando contra el pecado.

A veces es bueno volver la mesa contra Satanás, como hace Martín Lutero, y decirle: *«Suponiendo que soy todo lo que dices que soy, sin embargo, ¿qué eres tú para presentar acusaciones contra mí? No soy siervo tuyo, Satanás. Si mi Maestro no me encuentra falta, ¿quién soy yo para tener miedo porque tú me asaltes y acuses?»*

«¿Qué eres tú, después de todo? No haces más que mirar alrededor de mi castillo, sonreír ante cada grieta, y así decirme dónde necesita reparación! ¿Qué eres tú sino un perro feroz, que me mantiene despierto con tus aullidos? Mejor es tenerte que estar sin ti, no sea que caiga en un sueño mortal, y duerma hasta la seguridad carnal y la muerte espiritual. ¿Qué eres tú, después de todo, arcángel caído, sino uno que, como una tempestad terrible, me impulsa más cerca de mi Salvador, me obliga a encontrar un puerto en Su seno?»

Satanás apunta a nuestra destrucción. Ese es el punto al que se dirige. No le importa nuestro placer, es nuestra ruina total y eterna. Sepamos esto y nunca nos dejemos engañar por él. De cualquier manera que presente el pecado, entendamos que sigue siendo pecado, y por lo tanto, mantengámonos fuera de sus garras.

Cuando en el Concilio de Basilea, cierto cardenal había hablado muy favorablemente sobre los protestantes, el emperador Segismundo se levantó y dijo: *«Sí, habla muy bonito, pero recordad, es un romano, sigue siendo un romano»*. Así que cuando el adversario avanza con sus halagos y tentaciones, recordad que sigue siendo un diablo, aunque esté vestido con sus mejores galas, y detectadlo siempre bajo cualquiera de sus diversos subterfugios—pues su deseo es en todo tiempo y estación, vuestra total destrucción.

Tenemos ahora un cuadro muy sombrío ante nosotros. Tenemos al pobre creyente en Cristo dispuesto a ministrar al Señor, pero completamente incapaz de hacerlo debido a sus vestiduras viles. Y tenemos al mismo tiempo un acusador clamoroso que clama ante el tribunal de la justicia:

«*iCondénale! icondénale! icondénale!*» y bien puede ese pobre creyente temblar de pies a cabeza al recordar cuán cierta es la acusación.

III. Pero alto, el cuadro cambia ahora, porque EL ÁNGEL HABLA.

Ha estado en silencio hasta ahora, pero ahora pasa a primer plano. «*Jehová te reprenda, oh Satanás; Jehová que ha escogido a Jerusalén te reprenda; ¿no es este un tizón arrebatado del incendio?*»

Observad que esta reprensión llega en el momento oportuno. Cuando Satanás acusa, Cristo aboga. No espera hasta que el caso se haya vuelto contra nosotros y luego expresar Su pesar, sino que Él es siempre una ayuda muy presente en el tiempo de la tribulación. Él conoce el corazón de Satanás, siendo Dios omnisciente, y mucho antes de que Satanás pueda acusar, Él presenta la objeción, el bendito argumento en nuestro favor, y detiene la acción hasta que da una respuesta que silencia para siempre toda acusación.

No penséis, cristianos, que alguna vez llegará una noche tan oscura que no haya luz brillando para vosotros en ella, o que Satanás pueda sorprender al Salvador y tomaros por asalto. En el momento preciso, Cristo estará seguro de ser vuestra ayuda.

Observad que esta reprensión también vino de la más alta autoridad. Él dice: «*JEHOVÁ te reprenda, oh Satanás*». Cristo no solo reprende a Satanás Él mismo, sino que ruega al Señor que lo haga. El Dios eterno, que está lleno de justicia, dice al acusador: «*Yo he justificado, ¿por qué acusas? Yo acepté a Mi propio Hijo amado en el lugar y posición del pobre pecador con las vestiduras viles puestas—¿por qué acusas?*»

Esa es una expresión gozosa del apóstol: «¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica» (Romanos 8:33). Si Dios justifica, ese mismo acto es una reprensión para todas las acusaciones del falso adversario. ¡Ánimo, cristiano! La voz que silenció a tu cruel enemigo es la voz que hace rodar las estrellas, contra la cual nada puede prevalecer.

Sin embargo, no debes dejar de observar que esta reprensión se fundaba en el amor electivo. Tú, que niegas la doctrina de la elección, ven aquí y lee este versículo: «*Jehová te reprenda, oh Satanás; Jehová que ha escogido a Jerusalén te reprenda*». Si Dios ha escogido a Su pueblo, entonces es inútil que Satanás intente derrocarlos.

Cristo no se encuentra aquí con Satanás con «sis» ni «peros», ni «acaso». No se enfrenta a él con esas verdades que son meramente asuntos de experiencia, acerca de las cuales podría haber duda. Sino que se encuentra con él con la alta y misteriosa verdad que fue establecida antes de que el mundo

existiera: arroja, por así decirlo, esta cadena entre sus dientes, y le ordena que la muerda hasta que se rompa los dientes. «Dios ha escogido a Jerusalén». Que eso sea reprensión suficiente.

Creo que tu experiencia corroborará lo que ahora digo: que está muy bien vivir con sopa y leche cuando no tienes pruebas ni problemas, pero si alguna vez llega el momento decisivo entre tu alma y el pecado, si estás en las aguas profundas de la conciencia de pecado, y Satanás te acusa, nada servirá para que tu alma enfrente al adversario sino la doctrina de la gracia soberana.

Puedes ser arminiano en verano, pero debes ser calvinista en los vientos rugientes del invierno. El arminianismo es una teología muy bonita para un barco pintado sobre un lago de cristal, pero los que negocian en aguas profundas y soportan tormentas y huracanes deben tener una buena y sólida nave de amor inmutable y eterno. De lo contrario, si el barco no está bien construido y es sólido, sus aparejos se aflojan, no pueden fortalecer bien el mástil, y el barco se precipita sobre los bancos de arena.

Amados, en mi edificación espiritual quiero situarme cada vez más sobre la roca, inmediatamente sobre la roca. Sé que me dicen que la roca no produce cosecha, que la elección no es una verdad práctica, pero después de todo, si quiero que me construyan una casa, que sea sobre la roca, porque si no me produce ningún resultado práctico presente, sin embargo, debo tener algún consuelo; debo tener algún lugar donde habitar en la tormenta. Puedo salir a otros campos a sembrar mi maíz y recoger mi cosecha, pero para mi confianza eterna, quiero una roca.

Tened por seguro que las doctrinas comúnmente llamadas calvinistas son las únicas doctrinas que pueden cerrar la boca de los demonios y llenar la boca de los santos en el día de hambre y en el tiempo de la angustia. «Jehová que ha escogido a Jerusalén te reprenda». Cuando estoy abatido bajo el pecado, junto a mi Biblia, amo libros como «Elisha Coles sobre la Soberanía Divina» o «Los Sermones del Dr. Crisp». Aunque no contengan toda la verdad, enseñan muy claramente esa parte de ella que un espíritu atribulado necesita.

¿Ordena el amor eterno a los pecadores a vida eterna independientemente de sus obras? ¿Hace el Señor de manera absoluta, por soberana misericordia, que los hombres sean Sus hijos? ¿Escogió Dios al jefe de los pecadores y acaso los desecha alguna vez? ¿Dice Él: «Tendré misericordia del que tendré misericordia»? ¿Declara Él que está absolutamente justificado al hacer lo que quiera con lo Suyo? ¿Me elige Él en tales términos? Entonces bendito sea Su nombre, una elección como esta se ajusta perfectamente a mi caso. Y encuentro que creyendo la doctrina bajo esa luz, puedo decir a todas mis dudas y temores: «Jehová que ha escogido a Jerusalén te reprenda».

La reprensión es aplicable de manera contundente al caso en cuestión. Él dice: «¿No es éste un tizón arrebatado del incendio?». Satanás dice: «Las vestimentas del hombre están sucias». «Bien», dice Jesús, «¿cómo esperas que sean de otra manera? Cuando sacas un tizón del fuego, ¿esperas encontrarlo blanco como la leche o pulido?». No, había comenzado a chisporrotear y quemarse, y aunque lo hayas arrebatado del fuego, en sí mismo sigue siendo negro y carbonizado.

Así sucede con el hijo de Dios. ¿Qué es en su mejor momento? Hasta que sea llevado al cielo, no es más que un tizón arrebatado del incendio. Es su lamento diario que es un pecador, pero Cristo lo acepta tal como es, y cierra la boca del diablo diciéndole: «Tú dices que este hombre es negro; por supuesto que lo es. ¿Qué pensaba yo que era sino eso? Es un tizón arrebatado del incendio. Yo lo arrebaté de él. Estaba ardiendo cuando estaba en él; ahora está negro, ya que está fuera de él. Era lo que sabía que sería; no es lo que pienso hacer de él, sino que es lo que sabía que sería. Lo he escogido como un tizón arrebatado del incendio. ¿Qué tienes que decir a eso?».

Observad que esta súplica no requirió que Josué añadiera una sola palabra. Si miráis, Josué no dijo una sola palabra. Esto silenció tanto al diablo que se quedó sin habla. ¡Cuán a menudo Satanás se ha quedado desconcertado! Ha preparado un caso muy bonito contra nosotros; nos ha sorprendido en nuestros peores momentos, y ha pensado: «Lo zarandearé como a trigo en mi criba». Sus planes habrían tenido éxito, pero había un «pero» en su camino (un «pero» desafortunado para él, pero un «pero» bendito para nosotros). «Pero yo he rogado por ti para que tu fe no falte» (Lucas 22:32).

Satanás es algo así como Amán. ¡Qué admirable complot había urdido Amán para la destrucción de Mardoqueo y los judíos! Sí, pero había una pequeña cosa que no había previsto: los judíos tenían un amigo en la corte que yacía en el seno del rey. Y así, a menudo Satanás tiene un plan para la destrucción del pueblo de Dios, pero hay una cosa que lo frustra: a saber, que ellos tienen un querido Amigo en la corte que yace en el seno del Rey Eterno, que intercede por ellos. Y mientras Él esté allí, el pobre Josué nunca fallará, porque el gran Josué, incluso Jesús, su pariente cercano, dice: «Jehová te reprenda, oh Satanás; Jehová que ha escogido a Jerusalén te reprenda. ¿No es éste un tizón arrebatado del incendio?».

IV. Todavía no hemos entrado en el alma de nuestro texto, pero aquí está: UNA OBRA INIGUALABLE DE GRACIA.

Así dijo el ángel: «Quitadle esas vestimentas sucias». Aquí hay una imagen del pecado removido. ¿No creéis que lo veis? Le han quitado sus vestiduras, cada pieza del manto que estaba demasiado contaminada para que la usara ha sido quitada, y allí está. Y mientras el ángel lo mira, Él ve la desnudez del hombre, pero no puede ver ninguna mancha, porque toda la suciedad ha desaparecido.

Así es todo pecador perdonado. Así soy yo esta mañana; así eres tú, querido hermano. Dios ha ordenado: «Quitadle sus vestimentas sucias», y con la misma facilidad con que nos quitamos los mantos sucios, así de fácilmente quita Dios el pecado mediante la expiación de Cristo. Hay más que eso aquí. El Señor no solo quita el pecado en sí mismo, sino que quita la conciencia de él.

Te sientes como si no pudieras servir a Dios porque el pecado pesa sobre ti. Mira a Jesús, el ángel del pacto. Escúchale decir: «Consumado es» (Juan 19:30), y si puedes aferrarte a Él, en un momento perderás todo sentido del pecado. Sabrás que eres un pecador, pero al mismo tiempo sentirás que eres un pecador lavado en sangre; un pecador salvo por gracia, y tu alma, con las vestiduras de tu Salvador puestas, hecha santa como el Santo, se aventurará cerca del trono y permanecerá allí sin vergüenza.

Esa es una frase deliciosa donde Pablo habla de «tener nuestro corazón purificado de mala conciencia» (Hebreos 10:22). No meramente tener las obras muertas perdonadas, sino tener la conciencia purgada de ellas, de modo que no tengas más conciencia del pecado. El pecado se ha ido. No estás ahora ante la vista de Dios como un pecador, sino como uno que es perfecto en Cristo Jesús. No tienes un pecado en el libro de Dios contra ti, sino que eres absuelto. Cristo lo ha dicho: «Tus pecados, que son muchos, te son perdonados» (Lucas 7:47). Tienes una imagen admirable de esto en la pérdida de las vestimentas sucias de Josué.

Ni esto fue todo. Ahora se dio la orden de vestirlo: «Te he hecho vestir de ropas de gala». Cristo ha realizado una obediencia completa a la ley divina. No tuvo necesidad de hacer esto por Sí mismo, pero lo hizo por Su pueblo. Lo que Él hizo es nuestro. La obediencia perfecta de Cristo es imputada a cada creyente.

Nos envolvemos con las vestiduras de Cristo, así como Jacob se puso las ropas de su hermano Esaú. Y nuestro Padre nos da la bendición porque nos encuentra con las ropas de nuestro hermano. Oh, esto es misericordioso, porque toda la justicia que tú y yo podríamos tener si hubiéramos sido perfectos solo habría sido humana, pero esta es divina. Cristo es el Señor, justicia nuestra (Jeremías 23:6), y estamos magníficamente ataviados con Su manto sin costura.

Permítanme aquí observar que esto también es cuestión de experiencia, porque el creyente llega a sentir que ahora puede ministrar delante de Dios sin temblar, porque lleva las vestiduras de Cristo. ¡Oh, qué delicioso es predicar, vestido con las ropas de Cristo, u orar cuando sientes que tienes puestas las vestiduras de Cristo! ¡Oh, qué cosa tan hermosa es ministrar en el altar de Dios, cuando sabes que estás vestido con el lino fino, la justicia de Cristo, tan limpio que ni siquiera el ojo que todo lo ve de Dios puede detectar una mancha o defecto en él!

Pura, amable, hermosa, sin mancha de pies a cabeza ante los ojos de Dios está cada alma justificada. Oh, cristiano, nunca te des por satisfecho a menos que sepas esto y vivas en el gozo constante de ello.

Notad una cosa más, y no os entretendré más. El profeta estaba tan asombrado al ver la alteración que se había producido en Josué, ataviado con sus nuevas y suntuosas vestiduras, que irrumpió en la visión y habló él mismo: «Y yo dije: Pongan una mitra limpia sobre su cabeza». No sé qué negocios tenía Zacarías para hablar, pero ciertamente, si yo hubiera visto la visión, habría hecho lo mismo.

Mirando a través de mis lágrimas, viendo al pueblo del Señor así transformado de la inmundicia a la limpieza, y de la vergüenza a la hermosura, creo que habría dicho: «Ahora, Señor, completa la obra. Haz que ese siervo tuyo te sirva. Así como está perfectamente vestido, ahora, Señor, ponle la mitra y hazlo apto para hacer tu obra».

Algunos del pueblo de Dios me parece que olvidan esto. Llegan hasta la justicia imputada y creen ser aceptados en el Amado. Allí se contentan con quedarse. Pero ah, mi alma desea incluso decir: «Señor, pon una mitra limpia sobre la cabeza de cada uno de tus salvos». Algunos de vosotros, confío, sois salvos, pero ¡cuán poco hacéis por Cristo!

Mi oración será por vosotros: «Señor, pon la mitra sobre sus cabezas. Hazlos sacerdotes; deberían serlo. Los has lavado, limpiado y vestido con el propósito de que lo sean, pero han dejado a un lado su mitra. Señor, pónsela en sus cabezas». Ruego que la tengáis en vuestra cabeza hoy. Que en vuestra familia, en la escuela dominical, mañana en vuestro negocio, en la calle y en la tienda, salgáis llevando la mitra, ordenados para ser verdaderos sacerdotes para Dios y ejerciendo vuestras funciones, sin dejar a un lado vuestro oficio.

Algunos actúan con sus mitras como nuestros reyes y reinas con sus coronas: solo se las ponen en ocasiones de estado, no las usan siempre porque son demasiado pesadas. Oh cristiano, tu ocasión de estado debería ser siempre. Siempre eres querido para Cristo y siempre estás cerca del corazón del Padre. Nunca te quites la mitra. Creyentes, ponéosla y salid desde este momento alabando y bendiciendo al ángel del pacto que en el nombre de Jehová ha quitado vuestras vestimentas sucias, y que aún está presente.

Me gusta esa frase final: «Y el ángel de Jehová estaba en pie». Oh, sí, lo necesitamos siempre a Su lado. Cuando tengas tus nuevas vestiduras puestas, cuando lleves tu mitra, aún necesitas Su presencia. «Quédate con nosotros» (Lucas 24:29) debe ser nuestra oración diaria. Necesitamos aún Su fuerza, Su consuelo, Su sonrisa, la ayuda de Su brazo, la luz de Su rostro, porque si no lo tenemos,

pronto nos deslizaremos de nuestra firmeza y tendremos razón para estar de nuevo, como Josué, con vestimentas sucias.

Así he predicado de una manera muy débil al pueblo de Dios. Hay esta voz para los pecadores. Vuestro caso es como el de Josué, porque tenéis vestimentas sucias. No intentéis lavarlas. No se dice nada aquí sobre lavar las vestimentas, ni una palabra. No intentéis mejorar esos viejos harapos; no se dice nada sobre remendar o coser.

Basta con confesar que son demasiado malos para ser remendados, demasiado sucios para ser lavados, y volved vuestros ojos a Cristo, el Sufridor herido, y rogadle esta mañana que pronuncie la palabra: «Quitadle sus vestimentas sucias, vestidle con ropas de gala». Os digo, pecador, lo que hizo por Josué, lo hará por vosotros. ¡Oh, buscad Su rostro y vivid!

Dios os ayude a buscarlo y a encontrarlo esta misma mañana, y Él tendrá la alabanza por siempre jamás. Amén.

Tomado de la Colección de Sermones del Tabernáculo Metropolitano de C. H. Spurgeon. Solo se han realizado los cambios necesarios, como la corrección de errores ortográficos, algunos usos de puntuación, la capitalización de los pronombres de deidad y la actualización mínima de algunas palabras arcaicas. El contenido está íntegro. Recursos adicionales basados en la Biblia están disponibles en www.spurgeongems.org.